

El panorama africano se ha entenebrecido rápidamente en el curso de las últimas semanas. Los acontecimientos del Congo revisten una extrema gravedad. Se desarrolla allí un proceso que puede conducir a la instauración de un régimen comunista. La actitud de Ghana y Guinea se orienta últimamente hacia Moscú. Todo parece indicar que van camino de cumplirse las predicciones que en febrero de 1956 formulara el ministro portugués de Negocios Extranjeros, Paulo Cunha, con ocasión de un almuerzo del American Men's Luncheon Club, al decir que perdida, o casi perdida, Asia para el mundo occidental, los soviets tienen enfrente una Europa ya disminuída, las Américas y Africa. «Si se pierde Africa—decía—, aislada la Europa libre de sus principales fuentes de materias primas, las Américas se encontrarán solas ante un mundo enorme, hostil, a nuestra civilización.» En Africa cuenta hoy mucho la dinámica social e ideológica del comunismo y actúa con eficacia un equipo activísimo y numeroso de diplomáticos, técnicos y agentes de todas clases, encargados de propagarlo.

* * *

En el número anterior de esta revista¹ exponíamos el panorama que ofrecía el Congo en el momento en que se disponía a iniciar su independencia. Señalábamos nuestro pesimismo ante hechos muy concretos y hacíamos notar la preocupación que producía el constatar los numerosos factores de antagonismo y disgregación que se apreciaban en el ambiente político de la nueva República.

Desgraciadamente, los hechos acontecidos desde entonces han demostrado

¹ JULIO COLA ALBERICCI: «El Congo ante su independencia», *Política Internacional*, núm. 49.

que la realidad supera las más sombrías predicciones. Se ha confirmado que el Congo se halla profundamente dividido y carece de una auténtica conciencia nacional. A los dos días exactamente de proclamarse solemnemente la independencia se iniciaron violentos incidentes entre distintos grupos africanos—lulúas y balubas, bakongos, bayakas y bagalas—, contándose más de un centenar de muertos en diversas localidades (Coquilhatville, Budunfu, Ngiri, Dendale, Ngili, etc.). Las rivalidades personales entre los dirigentes congolese se manifestaron inmediatamente. El 4 de julio se anunciaba la detención de varios ministros del Gobierno de Kassai, formado por Kalondji, adversario personal del jefe del Gobierno central, Lumumba. La huelga de la O. T. R. A. C. O. (Oficina de Transportes del Congo), declarada simultáneamente a la independencia, que paralizó la vida del puerto de la capital, fué seguida el 5 de julio por el motín de las Fuerzas Armadas congolese acantonadas en Thysville. Habiéndose propagado el movimiento de rebeldía a las Fuerzas estacionadas cerca de Leopoldville, éstas se dispersaron en desorden por la ciudad, atacando a los habitantes blancos, asaltando los establecimientos (especialmente los depósitos de bebidas) y cometiendo todo género de tropelías. Habiendo sido el pretexto del motín el deseo de que se destituyese al general belga Janssens, jefe de las Fuerzas públicas congolese —y la africanización de los mandos—, este militar presentó su dimisión y abandonó el país, sin que por ello se restableciese la normalidad. Todos los oficiales europeos fueron atacados y vejados. Los delincuentes detenidos en la cárcel de Stanleyville se escaparon, sumándose a las masas que promovían desórdenes. La visita del Presidente de la República, Kasavubu, y del jefe del Gobierno, Lumumba, a Thysville para tratar de calmar a los soldados insurrectos no tuvo éxito, ya que los soldados y la gendarmería continuaron interviniendo en los motines.

Se demostraba la falta de autoridad de los máximos dirigentes del país. Al propio tiempo hacía sangrienta explosión un sentimiento de odio racial al blanco, sin distinción de nacionalidades. Belgas, franceses, portugueses, italianos, fueron igualmente perseguidos, por lo que millares de ellos tuvieron que buscar refugio en los países inmediatos (Congo francés, Angola, Rhodesia) para salvar la vida. Ante la trágica situación en que se hallaban muchos belgas, cercados por muchedumbres hostiles, el Gobierno belga envió por vía aérea tropas del Ejército para restablecer el orden y rescatar a los connacionales cercados. El día 10, paracaidistas belgas restablecían el orden en dos ciudades congolese, iniciando así su misión.

Se produjo entonces un extraño acontecimiento, que demostraba la falta

de madurez política de los dirigentes congolese. El jefe del Gobierno, Lumumba, denuncia la intervención militar belga como un acto de agresión. Decimos extraño porque de haber actuado realísticamente, la presencia belga no podía sino reportar beneficios a la caótica situación imperante en el Congo. De una parte le servía para evitar el aniquilamiento de los súbditos europeos y americanos, eliminando así una fuente de discordias internacionales y la posibilidad de que ello retrasara la admisión del Congo en las Naciones Unidas, cuyo Consejo de Seguridad había recomendado el día 7 su ingreso en el organismo internacional. De otra parte, la presencia belga, que nunca pretendía ser más que momentánea, servía para restablecer el orden público y el principio de autoridad, requisitos ambos absolutamente indispensables si se aspira a lograr un Estado fuerte y próspero. Simultáneamente, la sola presencia belga hubiera contenido los movimientos secesionistas de las provincias autonomistas—como había evitado días antes de la independencia la autonomía que quería proclamar Katanga—, cuyas aspiraciones sólo podían lograrse en un período de turbulencias, agitaciones y carencia de un control efectivo. Es decir, procediendo inteligentemente hubiera podido Lumumba, en vez de internacionalizar el conflicto, haber llegado a un amistoso acuerdo con Bélgica para la rápida retirada de las tropas una vez cumplido su objetivo pacificador. No hubiese sido difícil tal acuerdo, puesto que Bélgica, al quemar las etapas de la independencia del Congo, sobradas pruebas había dado de su interés en abandonar el país.

No obstante, al adoptar la postura, más popular y demagógica cuanto menos propia de un político de auténtica talla, de condenar enérgicamente la presencia de las tropas belgas, se produjo, como consecuencia inmediata, un hecho que se venía temiendo desde hacía mucho tiempo: el intento de la provincia de Katanga de declararse independiente. El día 11, Moise Tshombe declaraba públicamente su propósito. Escogió hábilmente el momento pensando que la discrepancia de Lumumba con Bruselas favorecería el apoyo belga a su nuevo Estado, y esperaba también la ayuda británica, para lo cual envió a Rhodesia la petición de que le fuesen enviadas tropas para garantizar el mantenimiento del orden. Ambas previsiones fallaron, porque Bruselas no quiso intervenir en el pleito interno y el primer ministro de Rhodesia, sir Roy Welensky, declaraba a las pocas horas que no podía actuar sin una petición en regla del jefe del Gobierno central.

El desorden mental de Lumumba produjo el 12 de julio otro hecho extraño. al pedir a los Estados Unidos el envío de fuerzas militar al Congo. Aunque el principal promotor de esta gestión fué Bomboko, ministro de

Asuntos Exteriores, lo cierto es que Lumumba la aceptó. Aunque es posible que Lumumba contase con que su demanda le sería denegada, quedando así en libertad de acudir a la Unión Soviética, país por el que siente marcada preferencia y que sabía que no dudaría en prestarle ayuda. De todas formas, estas vacilaciones del Hamlet africano se compaginan mal con la petición, efectuada el día anterior, de ayuda técnica militar a las Naciones Unidas, puesto que tal ayuda forzosamente había de ser internacional, y concedida, no podría intervenir, bajo ningún concepto, en la resolución de los pleitos secesionistas que constituyen la máxima preocupación del jefe del Gobierno congolés, interesado en extender su autoridad personal a todo el país. En todo este asunto se ha comprobado la falta evidente de un plan de acción serenamente trazado. Hemos asistido a una improvisación tras de otra. Así, después de que los Estados Unidos rehusaron complacer su petición, vigente aún su demanda a la O. N. U., Lumumba se dirige a Ghana con idéntica petición. Se trataba de una gestión innecesaria, porque al día siguiente, el 14, el Consejo de Seguridad anunciaba el envío de fuerzas internacionales, de ellas las ghanesas en primer lugar (junto a las tunecinas). Simultáneamente, Lumumba daba a conocer su decisión de romper las relaciones diplomáticas con Bélgica.

Este acontecimiento denota también una gran falta de perspicacia política. Habiendo acordado el Consejo de Seguridad la retirada de las tropas belgas y habiendo dado Bruselas su conformidad a la decisión de la O. N. U., la ruptura diplomática no proporcionaba ningún beneficio práctico. Por el contrario representaba la imposibilidad o dificultad futura de que el Congo pudiese seguir disfrutando de la ayuda técnica que—aparte de la económica que Bruselas había prometido al conceder la independencia—Bélgica proporcionaba al país. Y no hay que olvidar que el Congo, que sólo posee dieciséis graduados universitarios, necesita inevitablemente la ayuda técnica exterior para normalizar su vida. Esa ayuda tampoco se la pueden suministrar en la cantidad necesaria los restantes países africanos, puesto que aún los más avanzados de todos ellos requieren constante ayuda técnica de la O. N. U. La imprescindible ayuda técnica sólo puede proceder del mundo occidental o del soviético. Y no siempre resulta beneficioso acudir a la ayuda soviética, como han experimentado otras Repúblicas del Continente. Pero esa obsesión de enmarcarse en la órbita de Moscú es, evidentemente, la máxima preocupación de Lumumba. Así se comprende que a los tres días de llegar al país flos primeros contingentes de la O. N. U.—380 soldados—dirigiese una carta al doctor Ralp Bunche amenazando con pedir ayuda a la Unión Soviética

en el caso de que no se obligase a las tropas belgas a abandonar el país antes de veinticuatro horas. Lumumba, con este gesto, buscaba un pretexto para solicitar dicha ayuda, porque mejor que nadie podía comprender que es prácticamente imposible el abandono, en tan corto espacio de tiempo, de miles de soldados, con su equipo militar, de un país que posee tan modestos medios de comunicación. Dos días después, el 20, volvió a reiterar la amenaza, aunque suavizándola, al decir que sólo haría tal gestión si la O. N. U. no actuaba «rápida y satisfactoriamente». Por fin, el 22 declara que satisfecho por la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad renuncia a solicitar la intervención de la U. R. S. S. Este continuo decir y desdecir refleja por una parte las firmes esperanzas puestas por Lumumba en la Unión Soviética, y de otra, esa total ausencia de un programa trazado de antemano, una continua improvisación, una irreflexiva impetuosidad que incapacita para el ejercicio del Poder. Esta incalificable actuación demuestra que Lumumba carece de talla política. No puede compararse a los otros caudillos del Africa negra: Nkrumah, Seku Ture, Houphouet-Boigny, etc. Lumumba sólo ha conseguido en su país la adhesión de un determinado número de partidarios, mientras que la mayoría de la población congoleesa le repudia. Su suerte radica en que los adversarios están profundamente divididos entre sí, ya que, en caso contrario, jamás hubiese escalado el puesto que ocupa. Esa irreflexibilidad es un peligro para el país. A los seis días de haber declarado solemnemente que renunciaba a pedir la ayuda soviética, volvía a amenazar, en conferencia de Prensa, que si el 6 de agosto no se habían marchado las últimas tropas belgas, pediría la ayuda «de otros países amigos», con lo cual, veladamente, volvía a poner la U. R. S. S. sobre el tapete. Pero lo grave del caso es que sin volver a mencionar esta nación, a partir de dicho momento comenzó a recibir una sustancial ayuda militar soviética (aviones y camiones rusos, armas checoslovacas, etc). Nos encontramos con que, de hecho, Lumumba está recibiendo cuantiosa ayuda militar de los países comunistas y que estos armamentos, en manos de un político irreflexivo como Lumumba, constituyen una grave amenaza para la paz de Africa y del mundo en general.

Por lo pronto, esos medios han avivado en Lumumba la hostilidad hacia la O. N. U., que al rehusar intervenir en un pleito puramente interior no había exterminado a su adversario Tschombe tal como pedía reiteradamente. Con una increíble falta del sentido de la realidad, Lumumba llegó a suponer que las tropas de la O. N. U. llegadas al Congo serían poco menos que un instrumento para su política personal. Decepcionado, comenzó a revolverse

contra la O. N. U. Desde Conakry, el 6 de agosto enviaba un telegrama al Presidente Kasavubu conminándole a que reuniese el Gobierno y acordasen renunciar a los servicios de la O. N. U. en vista de que las tropas internacionales no habían sido enviadas a Katanga, y que dicho pleito lo resolvería con la ayuda de las tropas de los países africanos con los que había negociado acuerdos. Es decir, que Lumumba concertaba acuerdos con potencias extranjeras para agredir militarmente a una provincia de su propio país, que discrepaba de sus puntos de vista políticos. Esta conducta es de una inaudita agresividad belicosa. Katanga, por boca de Tschombe, había declarado mucho antes, el 2 de agosto, que se hallaba dispuesta a ingresar en una Confederación de Estados congolese. Es una propuesta razonable vista la realidad que ofrece el país de profunda división—y puesto que es razonable, ha sido aceptada posteriormente por Kassai, Kivu, Ecuador y hasta por el Abako—. Pero aunque el jefe del Gobierno central no compartiese esa tesis, está claro que su obligación residía en negociar sobre ella y nunca tratar de aniquilar al adversario, compatriotas suyos, mediante la agresión militar concertada con países extranjeros. Desde el momento en que la O. N. U. no se prestaba a ser el instrumento ejecutor de los designios de Lumumba, éste decidió repudiar su actuación. Esto se vió claramente el 14 de agosto en la insolente carta que Lumumba dirigió al secretario general de la O. N. U., refutando punto por punto la interpretación dada por Hammarskjold a la resolución del Consejo de Seguridad para orientar la acción de las fuerzas de las Naciones Unidas en Katanga. Entre otras infundadas acusaciones está la de que «utilizó las fuerzas de la O. N. U. para influenciar el resultado del conflicto entre el Gobierno rebelde katangués y el leal de la República del Congo». Se trata de una insolencia y al propio tiempo de una ingratitud manifiesta. Puesto que sólo a la dinámica actividad del secretario general de la O. N. U. se debe que el Congo no sea en estos momentos un montón de escombros. El tacto y la prudencia de Hammarskjold, tan evidentes en otros graves momentos de la vida internacional, se han superado en la crisis del Congo con ocasión de una tarea excepcionalmente difícil, y no cabe por menos que rendir un tributo de admiración y gratitud a su labor. Esto es una realidad reconocida por todos menos por Lumumba, que en su megalomanía llegó en la citada carta a disponer que sólo tropas africanas pudiesen ser enviadas a Katanga. Resulta ridículo este afán de considerar a la organización internacional como un vasallo a quien se da órdenes, disponiendo los planes a su capricho y sustituyendo todo el engranaje del Consejo de Seguridad por sus ideas particulares. La serena respuesta de Hammarskjold

Jold acabó de encolerizarle, concitando su odio a las Naciones Unidas. Siguiendo esa trayectoria, el día 15 declaraba espectacularmente que había perdido la confianza en Mr. Hammarskjold, y reclamaba de la Delegación congoleña en las Naciones Unidas que se esforzase en lograr la condena de la acción personal del secretario general de la O. N. U. Tan sólo la Unión Soviética, interesada en fomentar el desorden en el Congo, compartió la tesis de Lumumba. No es posible juzgar sin acritud una conducta tan demencialmente agresiva como la que ha exhibido Lumumba con respecto a la ONU, cuya presencia en el Congo se debe a su propia petición en momentos en que hasta su propia integridad personal—como demostraron los amotinados de Thysville—estaba en peligro. Así, tras del lamentable incidente del 18 de agosto, en que catorce militares canadienses fueron vergonzosamente maltratados por las fuerzas congoleñas de Lumumba, éste, en conferencia de Prensa ante sesenta periodistas extranjeros se atrevió a decir que «el banal incidente de Ndjili ha sido voluntariamente exagerado por Hammarskjold en una nota que acaba de enviarme». Seguidamente acusó a los militares canadienses de «comportamiento grosero» y de actuar de «forma escandalosa», gritando, en el colmo de la exasperación: «El chantaje que hace el secretario general de la O. N. U., que desea obtener del Consejo de Seguridad que éste reconsidere eventualmente toda ayuda de la O. N. U. al Congo, no nos impresiona. El Gobierno congolés está dispuesto a prescindir de la O. N. U. si es necesario.» Con estas y otras actitudes, en él habituales, Lumumba no puede desmentir su selvática raigambre. Su conducta, su fraseología y sus modales son muy apropiados para un «balele» tribal en el corazón del bosque, pero son impropios de los jefes de Gobierno. Tan desorbitada actitud ha merecido la reprobación de los auténticos estadistas africanos. El Presidente Burguiba, con su ecuanimidad característica, declaraba en Monastir el 19 de agosto que «la diferencia Hammarskjold-Lumumba es contraria a los intereses de Africa», censurando con duras palabras la postura de Lumumba, «cuya conducta lamentaba», y rindiendo un cálido homenaje de simpatía a Hammarskjold. También el Presidente Tubman, curtido en una fructífera y dilatada vida política, escribía en un mensaje a los jefes de Estado independientes de Africa que si Lumumba se encontraba en desacuerdo con Hammarskjold debiera habérselo hecho saber por la vía diplomática. Claro está que resulta muy difícil a estas alturas que un improvisado estadista como Lumumba, cuyos únicos conocimientos se han forjado como escribiense de una oficina de correos, pueda asimilar las lecciones que no dudan en darle los jefes de Estado africanos que tienen una auténtica

tradición y un innegable prestigio internacional. «Deberíamos hacer saber al primer ministro Lumumba—concluía en su mensaje Tubman—que nos es difícil apoyar sus ataques contra el secretario general de la O. N. U. en la forma en que se han producido.» Lo extraño es que se conceda oídos a las palabras de un titulado jefe de Gobierno de un país en el que todas las provincias sin excepción alguna, han manifestado su repulsa a ese Gobierno central y que carece de todo apoyo que no sea de la tribu a que pertenece. ¿Cómo vamos a admitir que Lumumba representa el sentir del Congo si en el Congo carece de apoyo popular hasta el punto de que cada vez que tiene que hacer su aparición en público las fuerzas armadas que le protegen tienen que librar verdaderas batallas? Esto ocurrió, de forma significativa, cuando el 25 de agosto inauguraba la Conferencia africana de Leopoldville. Por dos veces se produjeron refriegas con manifestantes que exteriorizaban su hostilidad a Lumumba. En la primera, 1.500 huelguistas textiles fueron acibillados por las fuerzas de Lumumba, evitándose una carnicería por la intervención de las fuerzas de Ghana. Posteriormente, frente al Palacio de la Cultura, donde Lumumba iba a inaugurar la Conferencia, 2.000 manifestantes con las insignias de los partidos «Puna» y «Abako», llevando pancartas contra el jefe del Gobierno, tuvieron que ser dispersados a tiros. No, en modo alguno podemos considerar que Lumumba represente la voz del Congo y proseguir reconociéndole como tal implica el tratar de imponer al Congo la dictadura de un hombre odiado por sus connacionales. Al propio tiempo se conseguiría sumir al Congo definitivamente en el estado en que se hallaba a principios del siglo. Porque tan pronto como las Naciones Unidas evacuasen el Congo, Lumumba, utilizando el material soviético- y tal vez brigadas de voluntarios—llevaría la muerte y la ruina a todo el país, como ya ha hecho en Kivu y Kassai. Y las Naciones Unidas como hemos expuesto, constituyen, ahora que los belgas se han retirado del Congo, el blanco de los odios de tan siniestro personaje por ser el dique que se opone a sus proyectos bélicos. En el momento de escribir estas líneas—9 de septiembre—Lumumba, tras de obtener un voto de confianza en el Senado, ha exigido la inmediata retirada de las fuerzas de la O. N. U. del territorio congolés. Con ello sólo se puede fomentar el caos y la anarquía, en pleno auge después de dos meses de luchas intestinas.

Porque en la corta existencia de la República del Congo se han cristalizado hechos de trascendental importancia no sólo para dichos país, sino para el porvenir del continente africano. Uno de ellos es la presencia activa del comunismo en los destinos de la República. Lumumba, ya lo hemos di-

cho, ha recibido una cuantiosa ayuda militar soviética que convierte al Congo en un peligroso polvorín instalado en el corazón de Africa. Las unidades militares que envió Lumumba para Kivu y para Tshota (al norte de Kassai) estaban equipadas con camiones rusos y armamento checo. El ministro congolés de Asuntos Exteriores, Justin Bomboko, ha declarado en el Senado que Lumumba ha recibido quince aviones rusos «Ilyushin». Con ellos y con los camiones han llegado técnicos soviéticos, que se han instalado en los campamentos. Estas afirmaciones de Bomboko justifican su terminante declaración de que «el Congo ha puesto fin a la dominación belga para cambiarla por otra».

Otro factor de gran personalidad que ha hecho su aparición en Africa tras los acontecimientos del Congo es la hostilidad armada entre los distintos grupos étnicos y tribus africanas. Hasta el momento, en varios países africanos se habían registrado espontáneamente, es decir, que se dirimían querrelas tribales a espaldas de la autoridad constituida, que intervenía rápidamente para sofocarlas una vez que llegaban a su conocimiento. El caso del Congo es muy diferente. En cuanto Kassai manifestó discrepancia de la conducta de Lumumba y amenazó con separarse constituyendo un «Estado minero», Lumumba intervino a mano armada, ocupando Bakwanga y asesinando a todos los adversarios que pudieron capturar. Su designio ha sido, pues, exterminar a los lulúas de la provincia de Kassai. Se trata, pues, de un genocidio impuesto desde el Poder. Y no ha de ser el último, puesto que ahora se apresta a invadir Katanga con análogas miras.

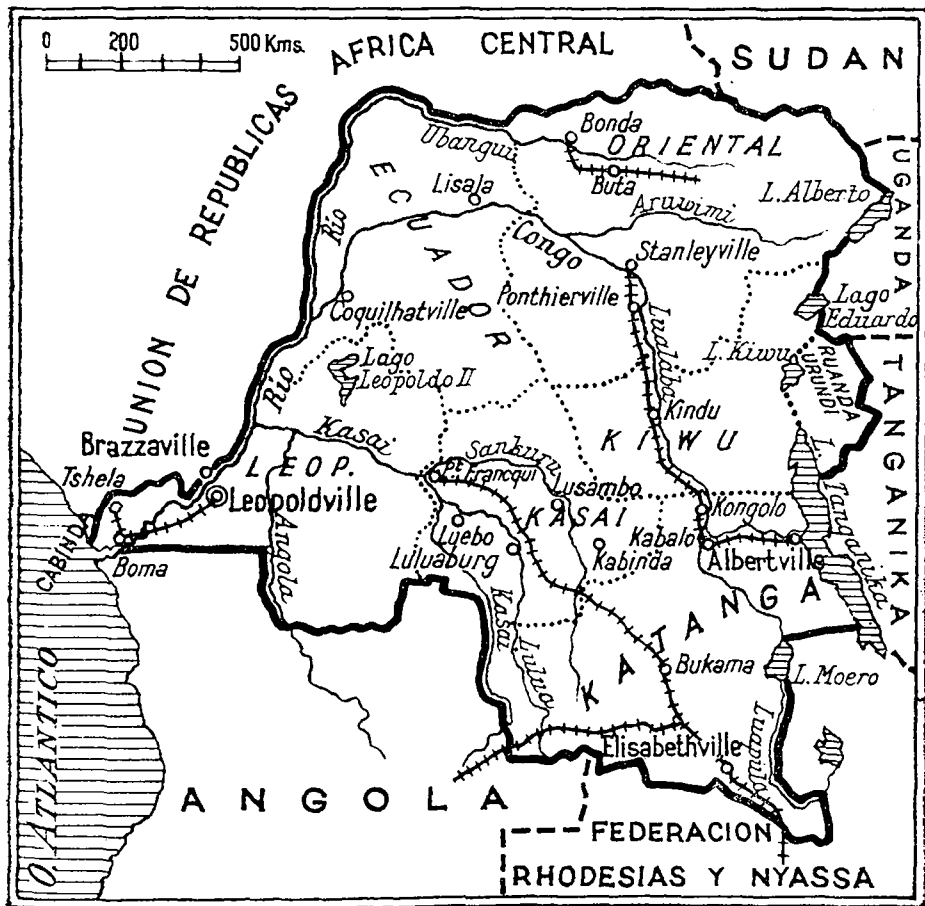
Junto a ambas inquietantes manifestaciones de irresponsabilidad se descubre, claramente, en Lumumba una inequívoca tendencia dictatorial. Lumumba está tratando de instaurar en el Congo una férrea dictadura personal. Durante dos meses seguidos ha venido gobernando sin solicitar la aprobación del Parlamento de su cargo de jefe de Gobierno. Ha intervenido en los organismos internacionales y ha concertado acuerdos con potencias extranjeras—y hasta convenios económicos²—sin dar explicaciones de sus actividades ni siquiera a los miembros del Gabinete. Tan insólita actitud motivó que el 20 de julio el Senado exigiese que explicase su pro-

² El subsecretario de Hacienda, André Tshinbangu, criticó violentamente al jefe del Gobierno por haber firmado el acuerdo con la «Congo International Management Corporation». Este requisito correspondía al ministro de Hacienda cuyas funciones suplantaba, al actuar así, Lumumba. Hacía resaltar el hecho de que para que fuese válido el convenio debía haber sido sometido a la aprobación del Parlamento.

grama gubernamental amenazando con votar una moción de censura en el caso contrario. Pero Lumumba sólo contestó criticando la ingerencia del Senado en los asuntos que son dominio exclusivo, según sus teorías, del Poder ejecutivo. Cuando el 5 de septiembre el presidente de la República le destituyó de su cargo, lo que legalmente entra en la competencia de Kasavubu, se negó a acatar la orden y lanzó una proclama radiada anunciando que había destituido al presidente de la República. Al propio tiempo dió orden de disparar contra una manifestación de adhesión a Kasavubu, produciéndose varios muertos. Su conducta ha desatado las más violentas críticas de las personalidades más relevantes. Las declaraciones del ministro de Asuntos Exteriores en el Senado son contundentes. En vano recurre Lumumba a la calumnia. En la carta que el 7 de septiembre dirigía a los Estados africanos independientes en solicitud de tropas, armas y aviones para sostenerse en el Poder, acusaba a Kasavubu de «dirigir una conspiración organizada por los imperialistas belgas», acusación increíble si se tiene en cuenta que fué Kasavubu, y no Lumumba, quien primeramente dirigió la lucha contra Bélgica en el Congo y que a su habilidad diplomática se debe en gran parte que el Congo sea hoy independiente. Y siguiendo en su táctica difamatoria, al exigir la retirada de las tropas de la O. N. U., el 8 de septiembre en el Senado, acusaba a «las Naciones Unidas de estar en connivencia con el presidente Kasavubu para derribar mi Gobierno, pero han fracasado». He aquí un vasto complot Bélgica-O. N. U.-Kasavubu urdido en la fértil imaginación del dictador congolés, con el fin de desembarazarse de todo el que se opone a sus planes. Tan pronto como el partido Abako decidió aceptar la solución confederal como la más apropiada a la situación del país, Lumumba, que aspira a un férreo centralismo dictatorial, dispuso que la sede del Abako fuera primero invadida por la policía y sus partidarios y, más tarde, custodiada con vigilancia muy rigurosa. Al propio tiempo, para evitar que se difundieran noticias contrarias a su actuación ordenó: la supresión de la agencia de noticias «belga», que fué intervenida sin previo aviso; la prohibición de la circulación del diario *Le Figaro*, de París, y la detención de Gabriel Makosso, director de *Courrier d'Afrique*, así como el arresto del director de *Ma Patrie*, Denis Malingwedo, de tendencia abakista.

El panorama actual del Congo es de completa anarquía. Las provincias de Kivu, Kassai y Katanga se hallan en plena rebeldía y en ellas se desarrollan operaciones militares punitivas. Los más relevantes políticos congolesees se encuentran en plena oposición a Lumumba: Tschombe, Kalondji,

REPERCUSIONES DE LA INDEPENDENCIA DEL CONGO



Kasavubu, Bomboko, Yava, Bolikango, etc. Los dos primeros tienen claras ideas federalistas que mantiene desde hace tiempo. Ambos son dos políticos realistas, con mucha experiencia y con deseos de colaborar con Occidente. La conducta de Tschombe en el curso de estos dos últimos meses ha demostrado claramente sus simpatías a las naciones occidentales por considerar que sólo una ayuda técnica de las mismas, en el marco de acuerdos equitativos y razonables, puede promover la prosperidad del Congo. Kalondji también se declaraba resueltamente partidario de la colaboración con las Naciones Unidas, para tales fines, en sus declaraciones del 19 de julio, oponiéndose enérgicamente a la aceptación de cualquier clase de ayuda soviética. En cuanto a Bomboko ha patrocinado, en toda ocasión, la estrecha colaboración con Bélgica y las potencias occidentales. En su calidad de ministro de Asuntos Exteriores fué el principal artífice de la petición de intervención norteamericana, formulada el 13 de julio. A la llegada de los paracaidistas belgas declaró que gracias a ellos se había restablecido el orden y, finalmente, su discurso antisoviético en el Senado, afrontando la coacción de Lumumba, demuestra claramente su posición política. En cuanto a Kasavubu, que ha permanecido en la penumbra durante casi dos meses, está claro que se ha visto desbordado por los acontecimientos. Ha sido, prácticamente, el Kercensky del Congo. Previendo, quizás, el curso que habían de tomar los acontecimientos al ver que Lumumba asumía la jefatura del Gobierno, Kasavubu pretendía quedar al margen del Poder. A la gestión del presidente de Ghana, Nkrumah—ligado por estrecha amistad a Lumumba desde su trato mutuo en la Conferencia de Estados Africanos Independientes de Accra en abril de 1959—se debe su aceptación de la Presidencia de la República, al tener éxito la misión conciliadora que encargó a Ako Adjei, ministro de Asuntos Exteriores de Ghana. Otro de los hombres de mayor preparación, Joseph Yava, ministro de Asuntos Económicos, entró en conflicto con Lumumba y dimitió su cargo el 17 de julio al propio tiempo que declaraba, en carta dirigida al presidente de la República, que «la gravedad de los acontecimientos actuales, la evidente impotencia del Gobierno y hasta la complacencia de algunos de sus miembros más destacados en fomentar el empeoramiento de la situación no me permiten, en conciencia, autorizar con mi nombre la política gubernamental». Vaticinaba, con razón, que la acción emprendida tendrá consecuencias catastróficas para la economía congoleña. También Bolikango, presidente del partido de Unión Africana «Puna», ha sido violentamente perseguido por Lumumba por haber reclamado la necesidad de crear una Confederación. Y otro tanto le ha su-

cedido a Joseph Ngagula, presidente del Gobierno de Kassai, que sustentaba análogas ideas.

Junto a esta tónica de persecución personal a todo el que discrepe de sus ideas y sus planes, se va agudizando gradualmente en Lumumba una descarada fobia a la Iglesia católica. Olvidando que ha sido la Iglesia, quien ha cumplido principalmente la tarea civilizadora en el Congo, desterrando el salvajismo primitivo de amplias regiones y difundiendo la instrucción—ahí está el ejemplo maravilloso de Lovanium—, Lumumba va arremetiendo en sus ataques al clero católico. Ya durante los desórdenes fueron agredidos muchos misioneros y varias instituciones eclesíásticas devastadas. Esto fué el resultado de las consignas antirreligiosas difundidas por Lumumba a la masa. Cumpliendo sus órdenes fué detenido el obispo de Leubo, Nkongolo, cuya suerte se ignora, habiendo corrido rumores de que fué asesinado. Para mantener vivo este espíritu de hostilidad, en la conferencia de prensa que celebró Lumumba en Leopoldville el 9 de agosto, atacó duramente a la Iglesia católica diciendo que «son los medios católicos los que durante ochenta años han estado retrasando la evolución del país» y que «los obispos y los misioneros se han inmiscuido en los asuntos del Estado».

Con todas estas maniobras de agitación, Lumumba ha conseguido excitar a una parte de la población congoleesa en contra de los blancos, sin distinción de nacionalidades. Lo mismo que en los momentos iniciales de los desórdenes fueron atacados simultáneamente belgas, portugueses e italianos, más tarde, el 18 de agosto, catorce militares canadienses fueron golpeados y maltratados por la Fuerza pública mediante el pretexto de que eran «belgas disfrazados» y el 27 de agosto ocho aviadores norteamericanos fueron apaleados. La más exasperada xenofobia y el odio racial antiblanco más intenso se ha adueñado de las incontroladas masas congoleesas. Hasta el momento son válidas las acusaciones que lanzaba Tschombe, en su manifiesto del 15 de julio: «La República del Congo ha demostrado que es incapaz de gobernarse por sí misma y salvaguardar las propiedades y las personas. Las maquinaciones de algunos dirigentes congoleeses han llevado al país entero al caos y a la anarquía.»

Del estado actual de las cosas en la República del Congo, de los trascendentales acontecimientos desarrollados en los dos meses de existencia del susodicho Estado, se desprende que la concepción de un Estado unitario, tal como lo imaginaron los belgas y lo plasmaron en la Constitución provisional, ha fallado totalmente. Los antagonismos entre las distintas tribus son demasiado fuertes para permitir convivir en paz a tan diferentes uni-

dades étnicas. Por otra parte, la independencia ha avivado el deseo de plena autonomía de algunas provincias que de antiguo manifestaban esa tendencia y ha hecho nacer, en las demás, idéntico anhelo. Un Estado unitario, centralista, tendría que implantarse por la fuerza de las armas, tras sangrientas luchas que devastarían el país, debería instalarse tras un genocidio múltiple y tendría, forzosamente, que adoptar las características de una dictadura, posiblemente de tipo soviético.

Por lo tanto, estimamos que la solución de una Confederación de Estados Congoleses, más o menos autónomos, es la solución más adecuada. Esta es la idea que formuló Tschombe el 2 de agosto, diciendo que Katanga estaba dispuesta a ingresar en tal Confederación. Esta es, también, la idea que Kalondji y Ngagula defienden para Kassai. Jean Bolikango, caudillo de los bangala que fué candidato a la presidencia de la República, pidió a la O. N. U., el 8 de agosto, que reconociera oficialmente a la República del Ecuador: «Para salvar al Congo del comunismo, la República del Ecuador reclama inmediatamente una República Confederal del Congo.» El propio Kasavubu hizo que su partido, el «abako», que engloba a los bakongos, propusiese, el 7 de agosto, la solución de una Confederación del Congo³ como mejor forma de resolver la situación y devolver la normalidad al país. En la propia provincia Oriental, la más refractaria hasta el momento a la autonomía, el senador Feele, que fué detenido por orden de Lumumba, acaudilla un movimiento pro-Confederación que cuenta con la adhesión de in-

³ Tras de la resolución aprobada por el Comité Central del Abako en Leopoldville, dicho Comité envió al Consejo de Seguridad de la O. N. U. el siguiente telegrama que recoge los aspectos fundamentales: «Ante el movimiento general de toda la población, el Abako, que representa a dos millones de bakongos, ha aprobado una moción de desconfianza respecto al Gobierno, incapaz de garantizar la seguridad. El partido Abako suplica al Consejo de Seguridad prevea una Confederación, que es la única solución valedera. El Gobierno Mukongo independiente puede asegurar el orden y la prosperidad del país». Por su parte el «Jabako», movimiento juvenil del Abako, envió al Consejo de Seguridad, también el 7 de agosto, un telegrama protestando «contra la ingerencia de Ghana en los asuntos internos del Congo» e insistiendo en la necesidad de crear una Confederación.

El 11 de agosto, el Comité Central del Abako, enviaba al Consejo de Seguridad de la O. N. U. el siguiente telegrama: «Tendencia comunista se manifiesta ya Congo. Stop. Seguridad pueblo congolés seriamente amenazada. Stop. Pueblo Mukongo enteramente anticomunista busca protección contra este peligro. Stop. Puesto no existe todavía Congo ninguna Constitución válida, recurrimos O. N. U. fin organizar referéndum estructuras internas Congo. Stop. Federación o Confederación solución esperada breve plazo».

fluientes personalidades, como el senador Otita. Es decir que, prácticamente, la idea de una Confederación goza del más amplio apoyo.

Y junto a esa solución resulta imprescindible la desaparición de Lumumba de la escena política congoleña. Mientras este peligroso agitador extremista persista en el poder no podrán calmarse los ánimos ni volver la ansiada normalidad. Sus discursos incendiarios prenden fácilmente en una muchedumbre analfabeta y rebelde, propensa a todas las extralimitaciones. Hace falta que sea sustituido por un jefe de Gobierno moderado y sensato que sepa encauzar los asuntos del Estado por las vías normales. Si Joseph Ileo, presidente del Senado, a quien Kasavubu encargó la tarea de formar Gobierno, pudiera llevar a cabo la misión e imponer la autoridad a Lumumba, que se niega cerrilmente a abandonar el Poder, opinamos que la situación podría mejorar notablemente, aunque no creemos que todos los problemas del Congo puedan ser resueltos rápidamente. Hay que hacerse a la idea de que el Congo costará aún muchos desvelos y disgustos al mundo civilizado. Aunque sean muy loables las intenciones del anticolonialismo a ultranza lo cierto es que no se puede transformar en días una horda selvática en una muchedumbre democrática consciente, instruída y respetuosa de la Ley. El mayor error que cometió Bélgica durante su gestión fué el no haber creado una extensa élite de intelectuales y graduados universitarios. Porque si bien es cierto que entre los graduados africanos se dan con mucha frecuencia los extremistas, su propia formación repudia el desmán incontrolado del tipo de los que nos ha ofrecido el Congo.

* * *

La esperanza de los hombres responsables que dirigen los asuntos internacionales se vuelve a la posibilidad de que se logre un entendimiento entre los Estados africanos que les permita aunar sus esfuerzos, creando una base económica estable para sus países⁴ y una regulación armoniosa de sus

⁴ La desastrosa situación financiera de muchos de los países recién advenidos a la independencia es motivo de grandes preocupaciones. Se mantienen gracias a los créditos extranjeros, pero esta situación no puede hacerse crónica. Algunos países presionan al Occidente, para recibir mayor ayuda económica, esgrimiendo la amenaza soviética. En un artículo publicado en la revista «Credit Affairs» (septiembre de 1958) el primer ministro de Ghana, Nkrumah, decía claramente que África estaba necesitada de una crecida ayuda económica y que si dicha ayuda no se la suministraba el Occidente, se vería obligada a buscarla «en cualquier otra parte».

discrepancias. La idea de vastas Confederaciones de naciones africanas ha sido expuesta por prominentes estadistas del Africa negra. Es la idea que expuso Nkrumah al concertar la unión Ghana-Guinea, definida en Accra el 23 de noviembre de 1958. Pretendía constituir el núcleo de los Estados Unidos del Oeste africano. Pero el curso de los acontecimientos demuestra que es una fragil entidad que tan sólo existe sobre el papel. A su efectividad se opone, es cierto, la ausencia de fronteras comunes, la presencia de huellas muy diferentes de su pasado colonial y el riesgo de ser económicamente concurrente con respecto a la bauxita y a la industria del aluminio. En realidad el proyecto de unión no se ha cumplido aun en la practica. En una conferencia de prensa celebrada por Nkrumah en Nueva Delhi, el 29 de diciembre de 1958, declaraba que esperaba que todos los pueblos africanos «y los Estados árabes si lo desean» llegasen a unirse a la Unión de Países Africanos Occidentales, cuyo embrión lo había constituido la Confederación Ghana-Guinea.

Por otra parte, el primer ministro de la Nigeria Occidental, Obafemi Awolowo, ha expuesto reiteradamente su idea de crear una Unión de Estados de África Occidental que estaría integrada por el Camerún, Nigeria, Ghana, Liberia, Sierra Leona, Guinea portuguesa, Gambia, Dahomey, Togo, Guinea, Costa de Marfil, Sudán y Senegal. Decía: «No hay que dudar de que tal unión de Estados del Africa occidental realzará la influencia y el prestigio de los pueblos africanos en el mundo entero, y provocará la liberación pacífica de los pueblos oprimidos en todo el Continente africano.» En su discurso, de septiembre de 1958, aclaraba que «El mayor obstáculo natural para la cooperación entre sí de estos pueblos es el Sahara. Separa esta barrera tierras habitadas por negros de zonas pobladas por árabes y no puede ser destruida. Pero el líder que surja de la unión debe ser un negro y no un árabe. Esta es, desde luego, una aspiración elemental, no obstante las ambiciones del coronel Nasser, que la Unión Soviética apadrina por razones que en Moscú deben saber mejor que en El Cairo. Está claro que Nasser sólo tolerará un líder árabe en el Continente africano. Somos para él pueblos primitivos y supone que debe pastorcarnos. Cualquier asociación política con Egipto sería un tremendo error mientras Nasser dure en el poder.» Esto demuestra los recelos que separan entre sí a las naciones del Conti-

Agregaba que su afirmación no pretendía ser una advertencia ni una amenaza, sino simplemente «una declaración política realista». Ultimamente, Ghana ha recibido cuantiosa ayuda financiera soviética.

mente, y que dificultan cualquier tentativa de unión. Esas mismas ideas de hostilidad hacia El Cairo fueron expuestas en Londres, con ocasión de la Conferencia sobre la independencia de Nigeria, en octubre de 1958, por el primer ministro nigeriano, Ahaji Abubakar Tafame Balewa.

La creación de confederaciones podría resolver muchos de los graves problemas que amenazan a Africa. Esto lo vió, entre otros, claramente Gabriel d'Arbousier, del Senegal, cuando afirmaba que «creo que la mayoría de los africanos desearíamos salvar a nuestros países de las miserias del nacionalismo estrecho, como desearíamos evitarle una anarquía económica que estaría mal organizada en pequeños países y que no podría aportar nada constructivo al bien común... La historia africana ha sido frecuentemente la historia de grandes unidades. Pero lo que los organizadores de esos viejos Estados feudales realizaron por la conquista, nosotros lo efectuaríamos, en el momento actual, por el federalismo y el libre consentimiento... Deseo profundamente que nos encaminemos hacia la unión federal de toda el Africa occidental, sea francesa, británica o de cualquier otro país».

Estos ejemplos demuestran el ansia de unidad que anima a algunos prohombres africanos, pero, también, que tal afán de unidad es prematuro. No puede lograrse momentáneamente porque los caudillos africanos no están dispuestos a abdicar de sus brillantes prerrogativas sacrificándolas al supremo interés del futuro africano. Cada uno de los caudillos africanos que ha alcanzado la jefatura del Estado aspira a conservar el fausto de su nuevo rango. Cualquier conato de unión desemboca inmediatamente en una pugna personal entre jefes, lo que demuestra la falta de madurez política de los ciudadanos que dirigen.

Esta falta de madurez política y esta primacía de las hostilidades personales se evidencia bien en el caso de la Federación Malí. Esta Federación —proyectada por los partidos rivales P. R. A. y R. D. A.—integraba al Senegal, Sudán, Alto Volta y Dhomey—es decir un vasto bloque constituido por 10.500.000 habitantes—cuando sus representantes firmaron el acta de su constitución en Bamako en la noche del 29 al 30 de diciembre de 1958. Más tarde, el 17 de enero de 1959, se promulgaba la Constitución. Por su situación geográfica, Guinea manifestó, claramente, deseos de asociarse a la Federación. Pero un artículo de la Constitución dejaba la puerta abierta al ingreso de la Costa de Marfil y a los otros Estados de la antigua A. O. F. —Niger y Mauritania—cerrándola a los Estados «no miembros» de la comunidad, es decir, Guinea. Se producía, así, la primera demostración de

falta de entendimiento común. La segunda consistió en la separación del Dahomey y Alto Volta de la Federación—cuando el 1 de julio de 1959 Leopold Senghor proponía la creación de un Estado federal libremente asociado a Francia en una Confederación—con la que ésta sufrió un rudo golpe y, finalmente, la ruptura, el 20 de agosto de este año, entre Sudán y Senegal ha provocado la disolución de la Federación del Malí. En último término, las rivalidades entre Senghor y Modibo Keita son las claves del fracaso.

En el Africa negra se manifiesta una feroz hostilidad tribal entre las masas, atomizadas en sus entidades raciales. Esta realidad produce un hecho de gran trascendencia y es que el africano, incapaz de sentir otro vínculo de unión que no sea el de su tribu, y forzado a intervenir en la lucha política a través de partidos, crea organizaciones políticas cuyos límites no exceden, en la mayoría de los casos, de los de la tribu. Así nos encontramos con que sólo en el Camerún ex francés existiesen 84 partidos políticos. Y así ocurre que en el Congo francés los tres grupos étnicos—balalis, m'bochis y valis—creasen tres partidos políticos: Unión Democrática de Defensa de los Intereses Africanos, Movimiento Socialista Africano y Partido Congre-sista Congolés, y que en la República del Congo, por ejemplo, los bayakas tengan su partido, Luka, los bakongos el Abako, los balubas el Balubakat, etcétera. Así como en Occidente los partidos aglutinan masas de distintas regiones, clases sociales y credos religiosos en un ideal común a todos los ciudadanos, en el Africa negra el partido político, fundado en la tribu, excluye sistemáticamente a todo individuo que no pertenezca a la misma y, en vez de integrar como en Occidente, desintegra y fragmenta. Al propio tiempo, los viejos odios y querrelas tribales, adormecidas ante la fuerza de las potencias coloniales, han vuelto a manifestarse en sangrientas matanzas en cuanto se ha debilitado o ha desaparecido la presencia de las potencias coloniales.

Así, por citar tan sólo algunos ejemplos, tenemos que las matanzas de Brazzaville (febrero de 1959) que ocasionaron más de doscientos muertos, muchos de ellos terriblemente mutilados, se debieron a la hostilidad entre las tribus M'Bochi y Balali. El antagonismo de los Bahutu y Batussi del Ruanda Urundi, desembocando en sangrienta guerra, viene ocasionando desde hace un año más del millar de muertos. Se quema a los prisioneros vivos y se descuartiza a los ancianos, mujeres y niños. Los terribles combates entre los Bakongos y Bangalas de la provincia de Leopoldville nos retrotraen al África de principios del siglo y el conflicto bélico entre Lulus

y Balubas ha alcanzado su más sangrienta expresión en el curso de estos meses con la expedición militar a Kassai. Es el caso, también, del Camerún, asolado por las hordas de Um Nyobe y lanzado al exterminio mutuo al día siguiente de su independencia.

Esto demuestra que el africano, en general, no ha superado aun su fase de primitivismo en que el combate es una de las ocupaciones cotidianas del hombre y en que los recelos entre vecinos desembocan en la guerra de exterminio. El africano sigue albergando hostilidad contra la tribu vecina, contra el blanco, sea cualquiera su nacionalidad, o, inclusive, contra el asiático⁵. Se halla poseído de una fiebre bélica innegable.

Y países en los que se dan tan peligrosas señales de inadaptación a las condiciones de la vida civilizada, son liberados, innaturos, de la tutela que debiera ejercerse hasta que obtuviesen los debidos frutos y son admitidos en la vida internacional, adquiriendo voz y voto en las deliberaciones de las Naciones Unidas, en igualdad de condiciones que los países cargados de glorioso pasado cultural. Son países carentes de los requisitos indispensables para la soberanía y, al propio tiempo, son países artificiales. Estas nuevas naciones negras surgen cortando los pueblos, las razas y las fronteras naturales, porque los mapas utilizados en la Conferencia de Berlín sólo daban de la geografía africana una idea aproximada. La antigua Costa de Oro—Ghana—englobaba en sus fronteras una nación totalmente diversa—la de los Ashantis—, que hoy se ven sometidos a un centralismo que no descan. El Congo es el valle de un río y no un país, las mismas provincias que comprende tienen fronteras trazadas arbitrariamente. Nigeria es una noción geográfica que engloba medio centenar de pueblos y reinos negros.

Se suponía que, superada la era colonialista, las naciones independientes de Africa buscarían ansiosamente la unidad. Sindicalmente se efectúan grandes reagrupaciones más allá de las fronteras territoriales cuyo trazado,

⁵ En el Africa oriental británica las reivindicaciones para la independencia se complican con conflictos entre africanos y minorías europeas y asiáticas. En diciembre de 1959 los jefes nacionalistas africanos declararon el boicot a los comerciantes indios acusándoles de acaparar el comercio local y mantener la influencia inglesa en el país. En Uganda, el reino de Buganda ha solicitado ser reconocido autónomo antes de que se proceda a la independencia. El reino de Toro ha formulado idénticas peticiones. «Los desórdenes anti-indios de Nairobi—escribe «The Guardian», 21 de diciembre de 1959—son una señal de peligro que demuestra la creciente tensión entre africanos y asiáticos. ¿La tensión ha aumentado o es reflejo de las explosiones políticas recientes que han conducido a la expulsión de asiáticos del Partido Nacional de Kenya, hasta ahora multirracial?».

como decimos, es arbitrario. Conquistada por algunos oficiales audaces, el Africa francesa no se dividió en función de imperativos geográficos, ni de exigencias económicas, ni de consideraciones raciales. Los territorios actuales se recortan sin recubrir completamente los restos de los antiguos imperios desmembrados. Hay que tener en cuenta los diversos grupos étnicos. De ellos hay treinta solamente en el Africa Occidental francesa. No hay menos de 12 grupos lingüísticos: uno solo de ellos, el nigero-senegalés, comprende 36 idiomas. Centenares de cultos se practican bajo el nombre genérico de animismo. Pero lo grave es que, lograda la independencia, los nuevos Estados en vez de llegar a acuerdos amistosos que modifiquen sus fronteras y homogeneicen sus poblaciones, insisten en conservar las arbitrarias fronteras coloniales o manifiesten la tendencia de férreos centralismos sobre los pueblos vecinos. Con ello se fomentan graves tensiones internacionales que pueden provocar futuros conflictos bélicos. Tal es el caso de la espinosa tensión Ghana-Togo⁶, todavía sin resolver, del pleito Somalia-Etiopía, aún vigente⁷,

⁶ Se trata, en este caso, de una clara manifestación de expansionismo imperia- lista. El 17 de diciembre de 1959, ante el Parlamento, Nkrumah, declaraba que la política de su Gobierno se dirigía a la integración del Togo francés en Ghana, así como también las poblaciones de Costa de Marfil que tienen afinidades étnicas con los ghancanos de la región fronteriza. Mencionó especialmente al pueblo Sanwi que formaba parte de la Costa de Oro antes de la división del Africa occidental por las potencias coloniales. «Los acontecimientos recientes—decía en su alocución—han demostrado que el pueblo Sanwi desea unirse de nuevo a sus hermanos de Ghana».

⁷ Cfr.: C. DE BENIPARRELL, «Notas sobre Etiopía», *Guadernos Africanos y Orientales*, núm. 38. Madrid, 1957; JULIO COLA ALBERICH: «Las relaciones anglo-etíopes y el problema de la Gran Somalia», *Política Internacional*, núm. 43. Madrid, 1959. El 28 de noviembre de 1959 el encargado de Negocios de Etiopía en Londres, Kebede Abbede, escribía en el *Daily Telegraph* que «los dirigentes somalíes deben renunciar a toda política expansionista». Atacaba las reivindicaciones de Somalia sobre una parte de Etiopía, especialmente el Haud que «es la provincia natal de nuestro Emperador y parte integrante de Etiopía». «Cada vez que los pansomalíes—agrega—han expuesto sus reivindicaciones, los somalíes de Etiopía han protestado violentamente. Cinco veces los representantes de los somalíes de Etiopía se han presentado en Addis Ababa para asegurar fidelidad al Emperador». Expone que no se puede comparar el territorio etíope reivindicado con el que propugnan en Kenya. En Kenya se trata de una región estéril, poco poblada. En Etiopía el territorio es mucho más poblado». Esta situación provocó la atención de la Asamblea General de la O. N. U. que, el 14 de diciembre del mismo año, terminara el examen de la cuestión de la frontera de Somalia bajo administración italiana con Etiopía sin adoptar ninguna decisión por no haber llegado a un acuerdo sobre el procedimiento para delimitarla.

o del que se insinúa entre Congo ex-francés-Congo ex-belga. No mencionamos otros casos, pero los aducidos demuestran sobradamente el aviso que se está creando en Africa con las nuevas independencias.

La solución más sensata—y esto sería tarea tan urgente como difícil—consistiría en que la O.N.U. procediese a determinar las fronteras entre las tribus y las razas africanas, puesto que la filiación étnica es la única que reconocen los pueblos africanos en general, y que, más tarde, estas comarcas tribales se fueran fusionando en Confederaciones libremente escogidas que serían las únicas a las que se podría conceder en la vida internacional, y concretamente en las Naciones Unidas, el rango de Estados soberanos. De tal forma se evitaría el peligro, que ahora es gravísimo, de guerras tribales endémicas entre grupos raciales instalados en el mismo Estado o de que las tribus más débiles, lo que ya ocurre, fueran exterminadas. De otra parte se superaría la balcanización de Africa, así como la asombrosa proliferación de Repúblicas a que asistimos en la actualidad que, sin un contenido real y concreto, amenazan sumergir a la Organización internacional bajo la marea de votos carentes de responsabilidad constructiva. Sería la mejor contribución a la paz de Africa y del mundo en general.

JULIO COLA ALBERICH.

9 septiembre de 1960.

